

El ojo

Alberto Alfonsin Garcia

Image not found.

Capítulo 1

EL OJO

Si puedo alegar algo en mi defensa, diré que no fue premeditado. No tracé un minucioso plan de actuación, simplemente seguí un impulso. Aunque, ahora que lo pienso, los impulsos suelen ser decisiones drásticas que se toman sobre algo que llevas meditando mucho tiempo, a veces sin ni siquiera ser consciente. De todas maneras, ya todo da igual.

Lo que nadie me podrá negar es que tenía motivos para hacerlo. Motivos de sobra. Ninguna persona en su sano juicio habría aguantado tanto como yo. Día tras día. Siempre igual. Nunca una palabra de agradecimiento. Solo esa voz de rata ladrando insultos y desprecios, siempre pidiendo, nunca contenta. Todo el día en la cama, con sus esqueléticos brazos, sus ojos hundidos y su nariz ganchuda. Sobre todo el olor. Ese olor a rancio, a viejo, que lo impregnaba todo.

Yo, yendo todas las noches, después de trabajar, para darle de comer y acostarla; y ella siempre quejándose de mí. Jamás tuvimos una gran relación, ni cuando yo era niño, que se supone que es cuando más cariño necesitas. Era arisca por naturaleza, siempre con el gesto torcido y el ceño fruncido. Pero los años la habían vuelto insoportable.

Hoy ha sido un día de mierda. Mi jefe estaba enfadado, en el trabajo no me podía haber ido peor, llegué aquí y la escuchaba graznar desde la puerta. Después de darle de cenar y dejarla preparada para dormir, aun la oí refunfuñar un buen rato. Cuando se quedó callada, me levanté del sofá y la observé desde la puerta de su habitación. La luz de la lámpara, que deja siempre encendida porque ahora le tiene miedo a la oscuridad, la iluminaba desde la mesita de noche, resaltando todas sus arrugas. La boca, abierta y sin dientes, y los cabellos grises, esparcidos por la almohada, le daban aspecto de bruja directamente llegada de Salem. Entonces tomé la decisión. Traspasé el umbral, cogí un cojín de la silla y lo plegué por la mitad. Mi respiración era regular, mi ritmo cardiaco pausado y sereno. Creí que me pondría nervioso, pero por lo visto no me conocía del todo. Me senté en el borde de la cama, apoyé el cojín sobre su cara y apreté.

Cuando sintió que empezaba a faltarle el aire, se despertó y empezó a debatirse, sin saber que ocurría, sólo luchando por respirar.

Con el forcejeo, el cojín se desplazó y dejó al descubierto su ojo izquierdo. En cuanto me vio, comprendió inmediatamente lo que pasaba. Hundió sus huesudos dedos en mis brazos, en un último y desesperado intento por sobrevivir, y clavó su ojo sobre mí. Dios, su ojo. Nunca pensé que se pudiera expresar tanto odio con una mirada. Los pequeños capilares que

lo nutrían estaban totalmente dilatados por efecto de la asfixia y, a la luz de la bombilla, refulgían rojos. Rojo ira. Su pupila, dilatada por la proximidad de la muerte, seguía fija en mí, un negro pozo de violencia primitiva.

Cuando por fin murió, el ojo se volvió vidrioso y opaco, pero la expresión de rencor no desapareció. Ni muerta dejó de odiarme. Me levanté jadeando por el esfuerzo. Me volví hacia la puerta sin mirar el cadáver, bastante había tenido con un solo ojo como para querer enfrentarme al resto. Dejé el arma homicida en la silla, con lo que volvió a convertirse en un cojín indefenso y algo hortera. Recogí mis llaves de la mesa del salón y me fui.

Capítulo 2

Fallo respiratorio, parada cardiaca. Era algo normal a su edad, además, no andaba muy bien de salud. Al día siguiente, cuando me informaran de la noticia, probablemente la asistenta que acudía todas las mañanas, me mostraría triste pero no desconsolado. Al fin y al cabo, que una persona anciana muera en la cama, durmiendo y sin sufrir, es lo mejor que le puede pasar. Nadie pensará en un asesinato y, mucho menos, sospecharan de mí. No era beneficiario de una gran herencia, ella no tenía ahorros importantes, si acaso alguna que otra pequeña deuda. Su muerte no me haría rico. Pero me haría libre, y eso no tenía precio. Mientras salía del portal y me dirigía al coche, analizaba todas las ventajas de lo que acababa de hacer. Libre de insultos, reproches, desprecios. No tendría que pasar horas todas las noches acostándola y dándole de comer. Libre de su olor. Libre de su odio. Aquello me recordó el ojo, y esa imagen me provocó un escalofrío que me recorrió la columna. Me apoyé en el coche para tranquilizarme. Tuve la sensación que había alguien detrás de mí y me giré conteniendo la respiración, esperando encontrarla en camisón, con sus grises cabellos alborotados.

No había nadie, pero la calle desierta no me relajó, Entré rápidamente en el coche, golpeándome con fuerza la rodilla, y arranqué. Conducir me serenó, siempre lo consigue, hace que me sienta dueño de mi entorno. Puse la radio, estaban poniendo una de mis canciones favoritas, y sumé mi voz a la del cantante. Llegué a casa animado, aunque, la punzada de dolor que atravesó mi pierna al bajar del coche, me hizo saber que al día siguiente tendría un buen hematoma en la rodilla. Era un bajo precio en relación a las ganancias. Entré en mi apartamento y me puse el pijama. Barajé la posibilidad de ver un rato la televisión, pero tantas emociones y tanta adrenalina liberada me habían agotado. Me metí en la cama. Dejé la persiana a medio bajar y la ventana entreabierta porque era una noche calurosa. La luna llena iluminaba parcialmente la habitación. Apagué la lamparita y me recosté contra la almohada, pero algo me detuvo a medio camino. Había una reverberación en la pared, como cuando se tira una piedra a un lago. Al principio creí que había sido una ilusión óptica causada por la engañosa luz de la luna. Entonces se repitió. Ondas concéntricas se extendieron por la blanca superficie. El círculo central comenzó a combarse hacia fuera hasta que formó una semiesfera en la pared. Una línea paralela al suelo apareció en el medio de la media bola, dividiéndola en dos. Las dos mitades se plegaron rápidamente, una hacia arriba y la otra hacia abajo, dejando al descubierto el interior de la protuberancia. El ojo refulgía iluminado por la luna, destellando rabia. Me quedé petrificado, incapaz de moverme. Mi cerebro intentaba buscar una lógica a la que aferrarse pero no la encontraba, y estaba bloqueado.

Capítulo 3

Diez bultos, más pequeños, aparecieron a los lados del ojo, cinco a cada lado, que comenzaron a estirarse hacia mí. La idea de sus dedos aproximándose a mi cuello fue lo que me activó. Mi cerebro consciente seguía en estado de shock, pero el otro, el de reptil, el que provoca nuestros impulsos más básicos, tomó el control y me hizo correr a la cocina. Me apoyé en la encimera intentando respirar normalmente. Temblaba tanto que parecía un enfermo de Parkinson con un ataque epiléptico. Me serví un generoso vaso de güisqui que guardo en el armario para ocasiones especiales, aunque la mitad acabó desparramada por el suelo. Me lo bebí de un trago y llené otro que corrió la misma suerte. Sólo con el tercero logré tomármelo con más calma.

Me dirigí al balcón y me asomé buscando aire. Mi mente racional había encontrado la lista de clichés lógicos para casos de emergencia irracional. Estás muy cansado, has sufrido mucha tensión y excitación, había poca luz, algo de remordimientos quizás, te lo has imaginado,...

Levanté la vista y contemplé la enorme luna llena que dominaba todo el paisaje. Blanca amarillenta, vetada por sus grises cordilleras. Todo lo controlaba, todo lo veía. Un gran ojo.

Mi mente arrojó a la basura los clichés, abandonó la lógica y aceptó la realidad.

Estoy sentado en mi cama, con la luz de la lámpara encendida, con un vaso lleno de alcohol en la mano, observando la pared. Estoy esperando a que regrese, sé que lo hará, siempre fue persistente y rencorosa. No tiene sentido que me esconda ni huya, no puedo escapar de ella, nunca pude, no sé como llegué a pensar que sería tan fácil.

Cuando volví a entrar en casa fui al baño a refrescarme la cara. Me costó reconocermé en el espejo, pálido y desencajado. Los ojos muy abiertos, surcados por numerosos capilares de un rojo brillante y las pupilas completamente dilatadas por el terror. Ojos de muerto.